

## FAMILIA, ESTADO, JEFE

La familia tiene un peso tremendo en la imaginación del cubano y en su conducta. En los Estados Unidos, por ejemplo, hay montones de familias que pasan tiempo sin verse, porque viven en puntos diferentes de ese país extensísimo. Por una razón u otra, sus miembros han desarrollado una total independencia, que más bien se ha convertido en ignorancia y aislamiento de los otros y, por ello, casi en la disolución de los vínculos familiares. Hermanos que viven en estados diferentes y pueden no verse en años. Eso es extrañísimo en Cuba.

Es probable que la prosperidad, el bienestar material contribuyan a reforzar esa independencia, porque las dificultades tienden a unir a los seres humanos, que precisan más entonces del apoyo mutuo.

Lo cierto es que «familia» («hey, familia», «hola, familia», «y qué, familia») deviene en Cuba un vocativo para designar a los mejores amigos, a la gente afectivamente más cercana, indicando de paso el lugar que el hombre de Cuba le concede en su escala de valores a los unos y a la otra.

La familia cubana está centrada, como la africana, por la madre, y esto se debe seguramente a la proliferación de las uniones consensuales tanto en África como entre los estratos más humildes del pueblo cubano, entre quienes el matrimonio no puede tener la condición de contrato que tenía en Europa. Ello se ha ido reforzando con el aumento del divorcio, porque en Cuba la mujer, salvo extrañísimas excepciones, siempre conserva la guarda y custodia de los hijos del matrimonio y, sola o vuelta a emparejarse, se convierte en el pivote de la familia.

La familia cubana ha sido largamente probada por la historia y ha demostrado ser capaz de mantenerse ante todas las pruebas. Una de ellas, ciertamente, ha sido la existencia de la Revolución, que implicó una transformación radical modificadora de las relaciones de propiedad en la Isla, y produjo un agudísimo cambio en la manera de pensar de los cubanos, por lo que forzosamente ocasionó un estremecimiento para la familia cubana.

Hay escasísimas familias donde sus integrantes no se segregaron en partidarios de la Revolución y disidentes o enemigos de ella, en las más diversas escalas y por las más diversas razones.

Es inútil tratar de atribuir la responsabilidad a uno de los bandos en pugna. Pudo partir el enfrentamiento, en ciertos casos, de los revolucionarios que no aceptaban que sus seres más queridos se opusieran al proyecto que les parecía de una total justicia y culminaba una etapa decisiva de la historia de Cuba. En otros, pudo provenir de los oponentes al proceso revolucionario que temían el cambio de ideas en sus familiares radicalizados, o no eran capaces de admitir que asumieran una posición diferente de la propia y de la que ellos mismos habían aceptado siempre. De las dos cosas hubo y, muy frecuentemente, de modo simultáneo.

La dirección de la Revolución –enfrentada a un adversario de la magnitud de los Estados Unidos– quiso fraguar una unidad sin fisuras y exigió que los revolucionarios rompieran sus vínculos con los familiares exiliados o, simplemente, emigrados, si esa emigración era a los Estados Unidos, donde se conspiraba abiertamente contra la Revolución y a donde había ido la inmensa mayoría de los exiliados.

La poesía cubana recogió esa traumática experiencia. Recuerdo el poema «Para no hablarlo nunca con mi madre», que el entonces joven poeta José Yanes publicó en *El Caimán Barbudo*, en 1966. Allí, el dolor por la ausencia de la madre, que marcha a los Estados Unidos donde está otro hijo, queda dramáticamente recogido en ásperos versos conversacionales, en el linde casi con la antipoesía puesta entonces en circulación por el poeta chileno

Nicanor Parra; pero la visión de Yanes está despojada de ironía y sólo se aproxima al antipoema en la adopción de un léxico que expresa sin afeites la coti-dianidad.

Casi treinta años después, el joven trovador Carlos Varela, compone una canción que titula «Foto de familia», incluida en su disco *Como los peces*.

La vieja foto –de la imagen integrada de la familia después dividida– es ahora contemplada con dolor, para aseverar que ese enfrentamiento

*no sirvió de nada  
o casi nada,  
que no es lo mismo pero es igual.*

La taxativa afirmación reclama, a través de un juego intertextual, su comparación con la perspectiva pasada. El último verso vuelve al revés otro de Silvio Rodríguez, a quien sin duda Varela admira y a quien considera, en más de un sentido, su maestro.

No creo que el enfrentamiento hubiera podido evitarse, pero también estoy seguro de que esa división de la familia cubana fue cancelada por la propia historia, y es ese espíritu, el de veinte años después, el que recoge la canción de Varela.

El enfrentamiento se mantuvo por veinte largos años. Sólo empezó a ceder cuando, en 1979, la misma dirección de la Revolución permitió, en tiempos del razonable gobierno de James Carter y tras conversaciones con grupos emigrados, las visitas a Cuba de los exiliados, que ahora regresaban a alojarse en los mejores hoteles de La Habana –entonces todavía muy baratos–, y con maletas cargadas de ropa y bisutería para los familiares que habían quedado en la Isla.

Políticamente, era una decisión irreprochable, pero la política pasa por alto la complejidad de las conductas y de los senti-

mientos humanos, los subordina a sus intereses, que no por ello han de ser ilegítimos.

Ningún emigrante o exiliado quiere regresar «vencido», fracasado, a la tierra en que nació y le vio partir. Estos exiliados habían acumulado dinero y, si no lo tenían en cantidad suficiente, pidieron préstamos para mostrar a sus familiares, amigos y vecinos, un bienestar material acaso mayor del que realmente disfrutaban, que incluso sin ese suplemento, era muy superior al de los cubanos de la Isla. Después de todo, era lo único que tenían: era la única victoria ostensible a cambio de haber perdido su país.

El hecho generó un extraño desencanto en muchos cubanos de dentro, porque les mostró, de golpe, la mutabilidad que suele acompañar al juego de los cambios políticos. La primera reacción fue el choteo: los «gusanos» —así se les llamaba a los oponentes a la Revolución en los tiempos del más agudo choque con ellos— se habían metamorfoseado en «mariposas», y volvían a exhibir todos los colores del consumismo ante los pobres revolucionarios que habían permanecido en Cuba. Los exiliados venían con los bolsillos llenos de dólares, que los de aquí no ganaban y que si alguien lograba conseguir, le hacían correr el riesgo de enfrentar la prisión por tenencia de divisas, duramente penalizada.

Pero esa decepción de unos, ese reencuentro con la tierra por parte de otros, empezó a restañar las heridas de la familia cubana.

Tengo una amiga, excelente revolucionaria, con todos los requisitos para haber integrado las filas del Partido Comunista, que nunca fue admitida en él por atender las llamadas telefónicas que le hacía su madre desde Miami. Mi amiga también se rió con los chistes de «gusanos y mariposas», pero en esos días fue convocada por la dirección del Partido de su centro de trabajo, para una petición que por dirigirse, precisamente, a ella, fue excesiva, casi grotesca: le pidieron que recibiera a su madre lo más cálidamente posible.

Un insólito dirigente de núcleo había decidido que el amor filial era una orientación que debía existir o no según también las conveniencias políticas.

A partir de ese momento comienza una tal vez lenta, pero indetenible reintegración de la familia cubana, decidida a reanimar los lazos que comprendió que no había valido la pena debilitar o romper. En todo caso, esa ruptura fue la amarga consecuencia de un momento histórico pasado. Había que ser capaz de entenderlo así.

Las posteriores crisis –el fracaso del proyecto marxista-leninista en el mundo y su forzosa modificación en Cuba, y el sostenido fiasco del exilio en su afán por aniquilar la Revolución– no han hecho sino reforzar esos nexos de base que el cubano ha reencontrado.

El Estado siempre fue una entidad frustrante para el cubano. Desaparecido, falsificado, olvidado el proyecto martiano, el Estado cubano fue símbolo de falsedad, de corrupción. El que trabajaba para el Estado, salvo excepciones, estaba sujeto a las mutaciones de la política: con cada elección, el humilde empleado esperaba su cesantía, porque los nuevos gobernantes usaban esos puestos de trabajo como mercedes para quienes deseaban favorecer. Eso, sin contar la proliferación de la «botella», que permitía nombrar en las dependencias estatales a personas que cobraban sin trabajar.

La escuela pública estaba desatendida, pero un maestro con plaza en una escuela estatal podía no hacer su trabajo, y ceder su lugar a otro que sí lo hacía, y que debía entregarle la mitad del salario devengado.

Ningún cubano con algunas aspiraciones quería ser instrumento de ese mecanismo corrupto que el Estado había puesto en marcha desde sus orígenes mismos.

Permítase citar una página de Jorge Luis Borges, en su ensayo «Nuestro pobre individualismo»:

El argentino, a diferencia de los americanos del Norte y de casi todos los europeos, no se identifica con el

Estado. Ello puede atribuirse a la circunstancia de que, en este país, los gobiernos suelen ser pésimos, o al hecho general de que el Estado es una inconcebible abstracción; lo cierto es que el argentino es un individuo, no un ciudadano. Aforismos como el de Hegel «El Estado es la realidad de la idea moral», le parecen bromas siniestras. Los filmes elaborados en Hollywood repetidamente proponen a la admiración el caso de un hombre (generalmente, un periodista) que busca la amistad de un criminal para entregarlo después a la policía; el argentino, para quien la amistad es una pasión y la policía una maffia, siente que ese héroe es un incomprensible canalla. Siente con D. Quijote que «allá se lo haya cada uno con su pecado» y que «no es bien que los hombres honrados sean verdugos de los otros hombres, no yéndoles nada en ello».

*Mutatis mutandi* (apenas el gentilicio), lo que Borges dice del argentino, podría afirmarse para el cubano anterior a 1959. Demostrando, de paso, que los rasgos que aquí presentamos han sido, en una altísima medida, configurados por la historia.

Quizás fueron las condiciones históricas, acaso ese sustrato de ideal, invisible, que su historia había depositado en la mayoría de los hombres de este país, lo que motivó un cambio radical de esa mayoría después del triunfo de la Revolución.

El desprecio por el Estado se convirtió en su reverso. Se estaba conformando un Estado moral, honesto, que daría a cada cual lo que merecía.

Recuerdo ahora una guaracha compuesta por Marta Valdés, y popularizada por Pacho Alonso en los primeros años de la Revolución:

*Eso sí se llama embullo,*

*ya cada uno tiene lo suyo.*

Pero para que cada uno tuviera «lo suyo», había que expropiar a quienes tenían mucho más que eso. No voy a detenerme a explicar un complejo proceso que todos conocen. La mayoría de los cubanos se puso al servicio de ese Estado. El espía revolucionario infiltrado en las filas de sus enemigos, dejó de tener esa connotación sombría en el texto de Borges, acaso porque el cubano sintiera, siguiendo la línea de pensamiento de Don Quijote, que le iba mucho en ello.

El Estado cubano, en ese empeño, recibió una gigantesca ayuda material del campo socialista, y sobre todo de la URSS. Pero no supo o no pudo convertirla en el fundamento de la estructura económica que el país necesitaba. O tal vez no quiso, y consideró más estratégicamente importante para Cuba ayudar a consolidar y expandir el socialismo, creyendo en la (real) importancia que para ella tenían sus aliados, en la necesidad de que se fortalecieran y crecieran, y en la (falsa) perdurabilidad de los mismos. Sí desarrolló, sin embargo, un importantísimo capital humano mediante la expansión de la educación en todos los niveles.

Quizás esa confianza proviniera del hecho de que la Revolución Cubana fue esencialmente práctica, y por ello tendió un cierto recelo hacia las valoraciones teóricas. Indagaciones teóricas como las que publicaba por los años sesenta la revista *Pensamiento Crítico* eran vistas por la generalidad de los militantes como meras lucubraciones intelectuales, y por los más ortodoxos como manifestaciones de «diversio-nismo» ideológico. Nunca se concedió importancia a los análisis que presentaban los descabros de la historia de la URSS a partir de Stalin, porque todo parecía «funcionar»; pero esos descabros fueron heredados por los sucesores del «gran Jefe», y estuvieron raigalmente vinculados al llamado «socialismo real». Hasta que cayó el muro de Berlín y desaparecieron el campo socialista y la propia URSS sin que nadie moviera un dedo para defenderlos.

En cualquier caso, quien hubiera pronosticado unos años antes, en La Habana, en Washington o en Madrid, que ese fenómeno iba a ocurrir, que la crisis llegaría hasta el descalabro total y la desaparición de la URSS, habría sido considerado absolutamente loco.

La desaparición de esos aliados, la inexistencia de los vínculos comerciales necesarios para sobrevivir, determinó la obligada modificación del proyecto existente, y la aparición de la etapa que se ha llamado, eufemística y neutralmente, «período especial», pero que es en realidad un período de aguda crisis.

Todo ello ha vuelto a hacer al cubano revalorar sus vínculos familiares. Los procesos de la política y la certeza de su falibilidad han, inversamente, fortalecido la fuerte entidad cubana que es la familia.

Se ha hablado siempre del caudillismo latinoamericano. Los caudillos han surgido como conductores naturales de pueblos jóvenes, y sobre esa base han enraizado y sostenido su poder.

El cubano ha sido también caudillista, porque la ausencia de verdaderas instituciones, de sólidos sistemas de pensamiento situados por encima de la voluntad individual, son fáciles generadores de la confianza en el *jefe*: no hay nada más firme en lo que confiar. Nuestros propios partidos políticos no han tenido realmente estructuras de una solidez que rebase el carisma de sus jefes.

El Partido Ortodoxo, poderosísimo en la Cuba de 1950, se desmoronó tras el suicidio de su líder, Eduardo Chibás, en 1951. El cubano ha pensado en el programa por el que votaba, en nuestros tiempos de elecciones multipartidistas, pero ese programa estaba íntimamente vinculado a la personalidad y el prestigio de su propugnador.

Con todo, Cuba ha tenido un pensamiento ilustrado muy fuerte en su siglo XIX. La independencia se fraguó al amparo de concepciones filosóficas y sociológicas mucho más avanzadas que las que proliferaban cuando el resto de Hispanoamérica se hizo libre.

Ya desde la manigua, en plena guerra independentista, surgieron las pugnas entre el acatamiento al jefe incuestionable y la opinión de quienes sabían que el gobierno unipersonal y militar había con-



ducido a un atolladero a las nuevas repúblicas hispanoamericanas. Ocurrió primero la pugna de Ignacio Agramonte con Carlos Manuel de Céspedes. Años después, el joven y relativamente inexperto José Martí, teniendo en cuenta las desastrosas experiencias de muchas de las nuevas repúblicas hispanoamericanas, fue capaz de espetarle esa famosa verdad al experimentado y heroico general Máximo Gómez: «No se funda una república, general, como se manda un campamento».

El respeto del cubano al jefe ha sido muy grande cuando éste lo ha merecido. Pero ha sido un respeto bajo control, nunca incondicional y siempre confrontado con la actuación que el jefe observa.

Fidel Castro lo sabe, y aunque muchos hablan de un apoyo incondicional al Comandante en Jefe, él está seguro de que ningún apoyo verdadero es de esa naturaleza. Siempre está condicionado por la confianza en la persona, y él ha cuidado celosamente la imagen de los principales dirigentes de la Revolución y, en primer término, la suya propia: esa imagen es un instrumento político de primer orden, porque el apoyo del cubano no ha sido nunca y no es incondicional.

El destierro del caudillismo sólo sobrevendrá cuando el país tenga garantizadas la supervivencia de las instituciones que quiera darse, y cuando esas instituciones sean lo suficientemente poderosas como para imponerse a la fuerza de alguna individualidad, grupo o intereses que intentaran desquiciarlas.

Pese a todos los embates que sus aciclonados más de cuarenta años de gobierno le han procurado, la personalidad de Fidel Castro sigue siendo de un carisma muy respetable para la mayoría de los cubanos.

No puedo hacer estimados ni aportar cifras sobre esa popularidad, que serían puramente imaginativos, aunque se apoyaran en circunstancias reales y en apreciaciones de nuestra existencia. Prefiero por eso imaginar, desvariar más bien, y tratar de encontrar una respuesta a esa pregunta que tantos se hacen, sobre todo fuera de Cuba: ¿por qué la perdurabilidad de Fidel Castro? O, para ponerlo en otros

términos: ¿qué le ha permitido a su gobierno subsistir tras todo ese tiempo de enfrentamiento a la nación más poderosa del mundo, que incluso apoyó y armó una invasión militar contra él en el temprano 1961? ¿Por qué, a pesar de haber perdido la invaluable ayuda de la URSS, a la URSS misma, el 85% de su comercio a precios favorables, ese gobierno no se derrumba? ¿Por qué ha logrado enfrentar hasta hoy exitosamente –hasta donde el éxito es posible: el subsistir y no ser derrocado, e incluso mostrar una clara recuperación y estabilización de su régimen– las leyes del embargo, la ley Torricelli, y la más reciente ley Helms-Burton?

La crónica de ese derrumbe «anunciado» se ha escrito muchas veces y se ha vociferado muchas más. El pronóstico ha estado produciéndose desde el triunfo mismo de la Revolución. Ha estado intensamente ligado a la idea plattista de que en Cuba no podría sostenerse un gobierno sin el apoyo de los Estados Unidos.

Fueron muchas las organizaciones del exilio que anunciaron la inminente caída del gobierno de Fidel Castro. Acaso ningún momento más tremendo, en ese sentido, que el famoso «Plan» impulsado hacia 1970 por José Elías de la Torriente. Este ex contador de la Coca-Cola en Cuba –para entonces ya naturalizado norteamericano y exiliado en Miami– dijo haber ideado un fulminante proyecto para acabar en unos meses con la Revolución. Nadie supo en qué consistía el plan, si es que llegó a existir, pero Torriente recaudó varios millones de dólares que invirtió en una compañía inmobiliaria a su nombre; no conquistó Cuba pero sí muchísimos solares del sur de La Florida. Torriente hizo que el capital aportado por los exiliados le aportara otros millones ingresados directamente en su cuenta personal.

Ante la indignación de los timados exiliados, José Elías de la Torriente disolvió su fantasmagórica organización política, pero ni uno solo de los dólares de los millones recaudados fue devuelto.

Poco después lo asesinaron de un disparo, a través de una ventana, mientras veía la televisión en la sala de su casa en Miami. Nunca se conoció el autor del hecho. Torriente fue quizás el más es-

candaloso de los dirigentes contra-revolucionarios que presumieron que destruirían la Revolución en un plazo muy breve, y sólo se enriquecieron en el empeño. Pero esa era la idea predominante.

Yo tengo una experiencia personal acaso mucho menos trascendente, pero incluso más patética. Frente a mi casa –que en tiempos de lo que narro era la de mis padres– vivía un anciano matrimonio español. Encarnación, la señora, hizo amistad con mi madre. Su hija y su yerno se habían marchado en los años sesenta hacia los Estados Unidos, y los padres habían quedado cuidando la casa, un hermoso *chalet* construido un par de años atrás.

En una ocasión –ya hacía unos diez años de la partida del joven matrimonio–, advertí que Encarnación guardaba en su despensa montones de latas de conserva compradas hacía muchos años. Le dije que esas latas se deterioraban, que debían consumirlas ella y su esposo, y respondió que las latas eran para cuando su hija y su yerno regresaran.

Me pareció alucinante esa respuesta, y le dije que si su hija y su yerno volvían, sería porque la situación del país habría cambiado, y se podría comprar fácilmente comida en cualquier sitio. No la convencí: su hija había guardado esas latas de alimentos para su regreso, y ella no las iba a tocar. Encarnación estaba segura de la inminencia de ese regreso. Unos años después, los dos viejos españoles murieron, sin que el joven matrimonio hubiera vuelto nunca.

¿Cuánto sería el tiempo de ausencia que la hija calculó? No lo sé, claro, pero tan poco como para que esas conservas compradas en El Oso Blanco –el antiguo supermercado de la calle Galiano– duraran sin enmohecerse.

Mas si los pronósticos existieron siempre, se incrementaron poderosamente después de los años que van de 1989 a 1991: desde la caída del muro de Berlín hasta la disolución de la Unión Soviética. En 1991, tras la desaparición del campo socialista, los días de la Revolución Cubana parecían contados.

Ya no era sólo una iletrada anciana castellana ansiosa del regreso de la hija a la que nunca volvió a ver, sino gentes de muchos más saberes y entenderes las que pronosticaban el fin del gobierno revolucionario. Fueron numerosos los augures de la hecatombe cubana. En La Habana de esos años, conocí al periodista argentino-norteamericano Andrés Oppenheimer, quien publicaría un libro emblemático sobre el tema: *La hora final de Castro*, galardonado incluso con el célebre premio Pulitzer.

Oppenheimer traía en mente el libro que debía escribir. Tuvi- mos una larga conversación sobre varios temas en alguno de los salo- nes de la Facultad de Artes y Letras de la Universidad de La Habana, pero ni una sola de mis opiniones figura en el volumen. Él venía a bus- car la verificación de lo que creía desde antes de pisar suelo cubano. Después de todo, era un periodista del *Miami Herald*, y su visión de Cuba estaba formada en el mismísimo condado Dade.

En menos tiempo y espacio que Openheimer, lo dijo –lo can- tó– el salsero cubano-americano Willy Chirino. Y de modo más di- vertido para los cubanos: casi todo el país bailó con el vaticinio, aun- que no lo apoyara. En el estribillo de un son salsero de su disco *Oxíge- no*, el coro repetía: «ya viene llegando», y enseguida, el solista precisa- ba: «ya todo el mundo lo está esperando».

Evidentemente, el «todo el mundo» del son era mucho más el de Miami que el de la Isla. Un poco después, el trovador cubano Pe- dro Luis Ferrer le respondió en otro son:

*ya viene llegando:  
lo que nadie sabe  
es ni cómo ni cuándo*

Uno o dos años pasaron, y una nueva respuesta la escribió otro trovador de La Habana, Frank Delgado:

*¿Dices que viene llegando?*

*¡Cuidado con tu optimismo!*

Los cubanos bailaron con Willy Chirino pero, si movieron los pies para disfrutar el ritmo de los bongoes, no se movió un dedo para que el vaticinio se hiciera cierto.

Hay quien se explaya (entre los opositores menos lúcidos de la Revolución) en lo que llaman «la cobardía del cubano», su temor a enfrentar una poderosa dictadura, lo que, por cierto, colocaría destacadamente entre esos cobardes a los enunciadores de ella.

Pero esa explicación no tiene ningún asidero en la historia del país. Cuba libró una guerra casi ininterrumpida de treinta años para conseguir su independencia y, ya en la República, los intentos dictatoriales que enfrentó, el cubano se los sacudió rápidamente.

La arbitraria reelección de Menocal en 1917 se produjo en el momento de la I Guerra Mundial, cuando los Estados Unidos no querían un cambio en «su» industria azucarera, y el malestar político que produjo, incluyendo la famosa guerrita de La Chambelona, fue compensado por la gran bonanza económica que vivía el país en esos años: las famosas «Vacas Gordas». La prórroga presidencial de Gerardo Machado fue combatida a sangre y fuego desde el mismo momento de iniciarse. El golpe de Estado dirigido por Fulgencio Batista, que en 1952 derrocó incruentamente al gobierno constitucional de Carlos Prío Socarrás, fue combatido casi desde su perpetración hasta su derribo el 1º de enero de 1959. Nada que ver con esas tiranías inacabables al estilo de Porfirio Díaz, Juan Vicente Gómez, Estrada Cabrera, Rafael Leónidas Trujillo, Anastasio Somoza, Alfredo Stroessner.

Sin embargo, Fidel Castro ejerce el máximo poder en Cuba –como primer ministro o como presidente– desde hace más de cuarenta años. No ha habido ningún gobernante en la historia de América Latina que haya permanecido mayor tiempo que él en el poder.

Enfrentado a un enemigo desproporcionadamente superior, Fidel Castro supo desde el primer momento cuidar con celo sus defensas.

El presidente norteamericano que inició las hostilidades contra Cuba, el general retirado Dwight D. Eisenhower, quedó descrito en la irónica observación de von Clausewitz: «Los estrategas se preparan para la guerra que ya pasó». Una táctica probada no vale nada ante una situación nueva.

El esquema guatemalteco –que Eisenhower y Richard Nixon (y la CIA, claro) habían aplicado contra Árbenz y que repitieron en Bahía de Cochinos– se apoyaba no sólo en una invasión de mil y tantos hombres, con tanques, aviones y armas entonces sofisticadas, sino en la vulnerabilidad del ejército nacional, y en el hecho de que este fuera capaz de voltearse contra el gobierno constituido, por libres elecciones en el caso de Árbenz o por el triunfo de una revolución popular en el de Fidel Castro.

En efecto, ello ocurrió en Guatemala, pero el de Guatemala era el ejército tradicional de esa república; fue el que el coronel Jacobo Árbenz encontró al ser electo presidente, mientras el de Cuba era un ejército renovado por la Revolución, la que prácticamente en su primer año licenció –en la mayor parte de los casos honrosamente– a *todo* el ejército anterior, y sólo dejó en sus filas a aquellos poquísimos soldados que, bajo Batista, habían demostrado su apoyo a la Revolución, junto al grueso del Ejército Rebelde que Fidel fundó en la lucha antibatistiana, y miles de nuevos combatientes provenientes de sectores radicales y populares del país. Aun así, la defensa del país no se confió únicamente al ejército, sino a miles de milicianos obreros, campesinos, estudiantes, profesionales, que tenían en sus manos miles de armas de todo tipo. Esas peculiares fuerzas armadas probaron entonces su fidelidad, y la han seguido probando.

La protección de las Fuerzas Armadas Revolucionarias y de los órganos de la Seguridad del Estado (digamos, la capacidad de represión y disuasión real o posible), por supuesto que ha sido esen-

cial para la subsistencia del gobierno de la Revolución, pero no lo ha sido todo.

Quisiera ahora abordar la alternativa que se coloca frente al pueblo cubano, si quisiera cambiar su gobierno.

La mayoría de la opinión pública norteamericana piensa, por supuesto, que ese deseo de cambio es casi total en Cuba, y que no se produce simplemente por la fuerza opresiva del gobierno revolucionario. Pero la ignorancia del norteamericano medio sobre su vecina Cuba es impresionante.

El historiador y profesor estadounidense Louis A. Pérez Jr., en su interesante libro *Cuba and the United States: Ties of a Singular Intimacy* (Georgia University Press, 1997), incluye este mínimo relato de un cubano residente en los Estados Unidos al periodista Warren Miller, que traduzco:

Tuve muchas experiencias desagradables mientras viví en los Estados Unidos. Yo no diría que *todos* sus paisanos creen que son superiores a todo el mundo. Pero yo creo que el 75% de ellos creen que lo son. Yo pasé dos años en Nueva York tragando buchets de sangre porque no podía responder. Mi inglés no era lo suficientemente bueno y no quería meterme en peleas... En los Estados Unidos una vez conocí a un hombre que me dijo, «pero usted no puede ser cubano; usted es blanco». ¿Cómo es que ustedes saben tan poco de un país que se halla a una hora de distancia? Yo le diré por qué. Es porque creen que son tan superiores a nosotros que *no tienen* que saber más.

El norteamericano medio no se preocupa por conocer la historia cubana, ni las motivaciones que han fundamentado el histórico diferendo entre las dos naciones. Sus opiniones son las que le forma la prensa estadounidense y, sobre todo, la televisión. Cuando existen, no

se mueven más que por razones que le afecten muy directamente. Y parecería que ello es así hasta en los mismos círculos de su «alta» política.

Creo –es lo que nos dejan ver todas las evidencias– que el problema de Cuba no es, hoy por hoy, un problema de primer orden para el gobierno de los Estados Unidos. Lo fue durante muchos años, y sobre todo hasta la desaparición de la URSS, pero terminada la guerra fría, y con ella la potencial peligrosidad de la Isla, Cuba ya no es un peligro, tampoco un mercado de la significación de China, y su gobierno tiene dentro de las fronteras norteamericanas enemigos que no tiene, por ejemplo, el de Vietnam.

Esos enemigos se han coaligado a influyentes legisladores de la extrema derecha, norteamericanos o de origen cubano, cuyas costosas campañas electorales financian. Ello explica las diferentes políticas norteamericanas para los tres estados socialistas. No hay, hasta ahora, ninguna fuerza política interesada e influyente como para cambiar el *status quo*, aunque parece emerger lentamente.

Los granjeros norteamericanos ven ya a un potencial comprador en la isla vecina, y la posibilidad de fomentar un muy lucrativo turismo norteamericano en Cuba, quizás contribuya a ello.

Los exiliados cubanos que empezaron por ser manipulados por sucesivas administraciones estadounidenses en su enfrentamiento con Cuba, han parado por ser, hoy, lo más importante de la Isla para los Estados Unidos. La cúpula de poder de ese exilio –que desde hace años es la Fundación Nacional Cubano-Americana (CANF)– controla a numerosos legisladores y ha logrado manipular las directivas de gobierno con respecto a Cuba.

La CANF es desde los años ochenta, la organización dominante del exilio cubano, y junto a los legisladores de extrema derecha vinculados a ella ha trabajado y trabaja tenazmente para que el gobierno estadounidense mantenga su política de enfrentamiento hacia la Revolución.



Lo interesante es que la dirección de ese exilio cubano en Miami no ha modificado en un ápice ni ya su opinión sobre Fidel Castro, sino tampoco su táctica política hacia su gobierno. Durante los largos cuarenta años que dura su presencia allí, conformada por sucesivas oleadas que ya incluyen a varias generaciones y a diferentes grupos de diversos orígenes sociales, la estrategia de su dirigencia parece seguir siendo la misma.

Salvo la frustrada invasión de Bahía de Cochinos, los grupos de alzados en las montañas del Escambray y algunas escaramuzas posteriores —muy ligeras y rápidamente conjuradas, y además, siempre promovidas o apoyadas y toleradas por las diversas administraciones norteamericanas—, esos líderes del exilio no han llevado adelante ninguna acción armada importante para derrocar al gobierno cubano y hoy lo hacen menos que nunca. La táctica actual consiste en intentar recrudecer la difícil situación económica del país (especialmente del cubano *de a pie*), lo que, eventualmente, motivaría un movimiento interno que derrocaría al gobierno. El escritor cubano Luis Manuel García, radicado en España, comenta en un artículo:

...los habitantes de la Isla serán los primeros en sospechar de quienes pretenden inmolarlos «por su bien». Alguno ha afirmado que se trata de «alentar» a los cubanos a «derrocar a la dictadura». Una especie de «Sublevación o Muerte». Sólo que quienes instan al martirologio ya votaron con los pies y sólo lo verán por televisión.

Lo cual, obviamente, constituye una violación raigal de lo que me permitiré llamar, siguiendo la idea expuesta páginas atrás, la ley de «no dejarse coger de comemierda», esencial para alcanzar un liderazgo atendible entre los cubanos: ningún jefe o aspirante a jefe puede pretender que el cubano arriesgue su vida sin que él mismo demuestre ser capaz de exponer la propia.

Como dijera por los años treinta Jorge Mañach, el tutelaje que desde el inicio mismo de la República los Estados Unidos establecieron sobre la burguesía cubana, generó en ella esa indolencia, ese traspaso de responsabilidad que la ha hecho actuar como un menor de edad: esperando siempre las soluciones del tutor.

Si la táctica de lucha ha sido errónea para producir ese derrocamiento, valdría la pena indagar si la sustancia del programa alternativo que se les ofrece a los cubanos, sería capaz de convencerlos con un objetivo seductor o, al menos, viable.

Ese programa no existe. Lo único que cabría entender por tal es el plan propuesto en la ley Helms-Burton, que evidentemente ha logrado el apoyo del exilio y la sanción favorable del gobierno de los Estados Unidos; el regreso de Cuba a un régimen de democracia representativa y pluripartidista, y la *reconstrucción* de la propiedad privada.

De acuerdo con esta ley aprobada por el congreso norteamericano, Cuba quedaría bajo el tutelaje del poder de ese país. Es un claro regreso a los tiempos en que los parlamentarios estadounidenses sancionaron la Enmienda Platt, porque sólo el congreso de los Estados Unidos estaría facultado para dar la aquiescencia a cualquier gobierno constituido en la Isla.

Y escribí *reconstrucción* porque ese plan haría posible la restitución a sus propietarios (si eran norteamericanos o incluso si hubieran adoptado la ciudadanía de los Estados Unidos después de la confiscación) de todas las propiedades que el gobierno de la Revolución socializó o entregó a ciudadanos del país, como tierras y viviendas.

Si algún hijo de Batista fuera norteamericano por naturalización, podría perfectamente reclamar la propiedad de la finca Kukine, la residencia del tirano al sur de La Habana, aunque nadie podría pedirle los quinientos millones de dólares del erario público que su padre se llevó a su dorado exilio de Estoril y Marbella. Presumiblemente tal herencia le correspondería –si la historia se lo permitiera– al doctor

Cantero, nieto del dictador y recién propuesto por el gobernador Jeb Bush para integrar como juez el tribunal supremo del estado de La Florida.

El programa del exilio aparece como una amenaza permanente para el cubano común, porque su único objetivo visible es la reconstrucción de la Cuba de 1958, y el aplastamiento de todo lo que la Revolución haya podido hacer en sus años de existencia: en primer término, el respeto a la soberanía nacional.

La ley Helms-Burton resulta una caracterizada heredera de la Enmienda Platt, que los Estados Unidos impusieron a la constitución de la naciente república cubana en 1901. La ayuda que ella promete implicaría la desactivación de todo el poder revolucionario y el tutelaje de cualquier poder ulterior, y confiaría al congreso norteamericano la potestad de decidir si el régimen surgido es adecuado o no. Se trata de la liquidación de la soberanía del país.

La fuerza militar del gobierno cubano es muy sólida, la táctica de sus oponentes es demasiado errónea y el programa propuesto por ellos resulta demasiado amenazante para los cubanos de dentro y para cualquier cubano que aspire a mantener la independencia de su país. Es por ello que alguien ha dicho, irónicamente: «Cuba no se cae porque no tiene para dónde caerse».

## A MANERA DE EPÍLOGO

En los momentos de sus más difíciles problemas económicos, el gobierno de Cuba ha abierto la «válvula de escape» a la presión interna en varias ocasiones (Camarioca, Mariel, los balseiros de 1994) y ha conseguido mandar al exterior a sus potenciales opositores, aunque esos opositores nunca intentaron una acción coordinada y seria contra su poder. Para decirlo en términos de la investigadora norteamericana Holly Ackerman, a esos grupos de emigrantes «lo que les motiva es la urgencia personal de librarse del sistema político, pero no de alterarlo». Y yo precisaría que, esencialmente, en la medida en que ese sistema impide la realización de su idea del bienestar económico personal. La libertad que buscan es, sobre todo, la de consumir. No vale la pena arriesgar para instaurarla aquí: es más fácil mudarse a Miami, donde ya está sólidamente establecida y con cotas mucho más altas que las que lograríamos en Cuba.

Sin embargo, el exilio ha mantenido una retórica y una conducta de enfrentamiento total que no se produce. Ha desdeñado dialogar con Fidel Castro y, prácticamente, le exige una rendición incondicional sin haber ganado, ni por asomo, la batalla que la produzca.

Sin desarrollar un consecuente programa de enfrentamiento armado, la dirigencia del exilio ha desterrado la idea de emplear otras armas, de llevar la batalla a otro terreno que si no produjera de inmediato la caída del régimen —que, de todos modos, no ha logrado conseguir con su sostenida táctica—, prepararía el camino para hacer posible esa transición a la que aspiran, aliviaría la vida de los once millones de cubanos de la Isla y empezaría a crear otra imagen de los políticos cubanos del exilio. A la inversa, han hecho una pelea —hablan-

do en términos boxísticos— de pegadores que no pegan, de «fajadores» que no «fajan», y sólo han conseguido alentar la salida del país de quienes buscan esencialmente su prosperidad personal (de los que aspiran, como ha dicho un norteamericano, a «la libertad de comprar») y, a la inversa, han conseguido aglutinar en su contra a los que han decidido quedarse en Cuba.

Por esos caminos habría que buscar la explicación de la permanencia del gobierno revolucionario y el sostenido fracaso de las organizaciones del exilio en Miami tras más de cuarenta años de enfrentamiento al mismo. La razón esgrimida por los Estados Unidos para impugnar la legitimidad del gobierno de Cuba, refiere al hecho de que en el país no se efectúan elecciones pluripartidistas: no funciona el modelo de democracia representativa que proponen para el mundo. Esas razones han variado muchas veces, pero esa parece ser la sostenida al menos desde hace veinte años. Según el periodista y escritor español Manuel Vázquez Montalbán en su gigante reportaje *...y Dios entró en La Habana* (El País-Aguilar, 1997), Fidel Castro opina que, en las circunstancias actuales, cualquier otro partido en Cuba «sería el partido de los norteamericanos».

El razonamiento es muy atendible. Con respecto a América Latina, los Estados Unidos exhiben una «hoja de servicios» especialmente negra en lo que se refiere a derechos humanos y libertades políticas. Es sospechoso que su preocupación central en Cuba sea la restitución de la democracia representativa. La historia nos muestra a los Estados Unidos sosteniendo y aun aupando a las más sangrientas tiranías que han tenido nuestros países siempre que éstas protejan sus cuantiosos y diversos intereses económicos.

Regímenes como los de Rafael Leónidas Trujillo, Anastasio Somoza, Marcos Pérez Jiménez, Fulgencio Batista, Augusto Pinochet, Castelo Branco, Alfredo Stroessner, François Duvalier y Rafael Videla surgieron bajo el auspicio de los Estados Unidos, los que jamás les hicieron ni un mínimo ademán de rechazo, a pesar de haberse mantenido en el poder ensangrentando a sus respectivos pueblos. Únicamente la CIA

decidió desprenderse de Trujillo y ordenar su muerte, cuando la presencia de quien había sido llamado «la náusea de América» resultaba demasiado insostenible en la América Latina de principios de los años sesenta.

Los que tenemos algunos años, recordamos la imagen del embajador norteamericano en Guatemala, John Peurifoy, armado, entrando en la capital del país junto a las tropas del coronel Carlos Castillo Armas –después de todo, eran tropas de la CIA– que acababan de derrocar al democráticamente electo gobierno del presidente Árbenz.

La intervención en Guatemala de la nación garante de la democracia representativa, trajo como consecuencia para el país el hundimiento de esa propia democracia por más de cuarenta años, la presencia de sucesivos regímenes militares y la proliferación de los escuadrones de la muerte, que asesinaron a decenas de miles de adversarios políticos.

Junto con la liquidación de toda democracia, lo que ocurrió en Guatemala fue la liquidación de la Reforma Agraria emprendida por Árbenz, que había expropiado tierras de la United Fruit Company y de la oligarquía del país. Cuando en 1960 el latifundista guatemalteco Roberto Alejos cedió su finca Helvetia para que en ella entrenaran los exiliados cubanos que desembarcarían por Bahía de Cochinos, seguramente estaba devolviendo el favor prestado por la CIA en 1954.

La memoria histórica es fundamental. Decía uno de los filósofos del pitagorismo (luego lo repitió Santayana) que, quien no la tiene, está condenado a vivir su historia otra vez.

Tras apoyar a los «contras» nicaragüenses, los Estados Unidos lograron sacar del poder (mediante elecciones que el gobierno convocó) a la revolución sandinista. Al liberal y decente régimen de Violeta Chamorro ha sucedido el corruptísimo de Arnoldo Alemán, acusado de la malversación de millones de dólares en uno de los países más pobres de América.

La Fundación Nacional Cubano-Americana ha sido capaz de decidir la política estadounidense hacia Cuba desde hace más de

una década. Sería impensable que ese grupo de poder no se empeñara a fondo, con sus amplios recursos, para decidir una elección en Cuba que los colocara en el poder y que las instancias más altas de los Estados Unidos no lo secundaran. Las recientes y controvertidas elecciones norteamericanas son una prueba de ello. Varias decenas de miles de votos que debieron ser favorecedores de la candidatura de Albert Gore, fueron desechados por decisión 5 a 4 de los magistrados republicanos de la Corte Suprema de los Estados Unidos, en una suerte de golpe de Estado electoral que coloca a George W. Bush en la presidencia del país a pesar de haber perdido en lo que toca al voto popular y decidirse su investidura por las elecciones floridanas, caracterizadas por arbitrariedades, fraudes y manipulaciones.

Muchos analistas norteamericanos han señalado que el verdadero deseo de los círculos de poder en los Estados Unidos no es la «democratización» del gobierno de Cuba, sino su remoción.

En la conducta norteamericana con respecto a la democracia, se cumple diáfanoamente lo que Marx dijo en *El 18 brumario de Luis Bonaparte* en relación con el respeto de la burguesía a las instituciones democráticas: éstas son respetadas mientras garantizan la conservación de su poder. Si son dominadas por sus enemigos, hay que arrasarlas del modo más brutal. El destino de los democráticamente electos gobiernos de Jacobo Árbenz y Salvador Allende lo demuestra. Como lo prueba el apoyo al intento de golpe de Estado contra el presidente Hugo Chávez, el mandatario electo por mayor número de votos en la historia de Venezuela.

Por ello, desde sus tempranos orígenes, esa campaña fue entendida en Cuba como una de tipo político que, por otras vías, continuaba el ataque militar de Bahía de Cochinos.

A esto sirvió perfectamente –sigue sirviendo– el espíritu más o menos agresivo de las diez administraciones yanquis que han desfilarido por la Casa Blanca en los años que dura la Revolución.

Todos esos presidentes (Dwight D. Eisenhower, John F. Kennedy, Lyndon B. Johnson, Richard M. Nixon, Gerald Ford, James

Carter, Ronald Reagan, George Bush, William Clinton y George W. Bush) han ejercido una explicable incapacidad para aceptar la Revolución Cubana. Y han logrado que tenga plena justificación ese reclamo de «unidad» que el gobierno de Fidel Castro hace.

¿Cuál será el destino de esta Isla, atrapada entre su proceso libertario propio y el giro de la historia contemporánea, que ha descalificado –al menos, por ahora– el destino histórico que adoptó? Las revoluciones no se hacen en vano.

En una crónica escrita en 1883 y publicada ese mismo año en *La Nación*, de Buenos Aires, Martí citaba una frase del francés Michot, uno de los oradores reunidos en Nueva York para honrar a Marx tras su muerte: «La libertad ha caído en Francia muchas veces: pero se ha levantado más hermosa de cada caída».

Después de la derrota de Napoleón en 1815, las fuerzas del conservadurismo europeo colocaron en el poder en Francia a Luis XVIII, hermano del depuesto y guillotinado Luis XVI, que representaba exactamente al *ancien régime* derrocado por la Revolución de 1789. Pero ese régimen no podía durar. Los logros de aquel proceso, tanto en sus facetas libertarias como en sus aspectos económicos, eran irreversibles, aunque a veces cayeran para volver a levantarse.

Todavía hay que esperar para saber cuál será el régimen definitivo de Rusia tras la aparente liquidación de la Revolución de Octubre.

La Revolución Cubana ha sido un hecho demasiado profundo en nuestra historia: sus consecuencias han irradiado hondamente sobre el cuerpo y el espíritu de la nación.

Con respecto a lo que puede vislumbrarse de lo que sería el futuro inmediato, no me parece que éste pueda ser otro sino la paulatina extinción del bloqueo estadounidense, impulsada por dos razones: el absoluto descrédito de una política que en cuarenta años ha demostrado fehacientemente su fracaso, y la aparición de fuerzas económicas estadounidenses que en medida creciente se integran para propiciar el desarrollo de diversas relaciones económicas con Cuba, y



podrían ser una fuerza enfrentada al todavía victorioso grupo encabezado en Miami por la Cuban American National Foundation. Hasta ahora emergen los productores agrícolas y, en general, de alimentos, como integrantes de esa fuerza.

No me parece lejano el momento en que tal interés crezca con fuerza dentro de las empresas farmacéuticas y entre los promotores del turismo a una isla desconocida al menos para tres generaciones de norteamericanos. Por supuesto que ese proceso no será demasiado rápido ni sin crisis y parciales retrocesos, pues no se solventan en unos meses conflictos que han ido complicándose y enconándose por décadas. No creo que el final sea el cantado en su son por el salsero Willy Chirino.

En cualquier caso, esa vida en paz que casi nunca han tenido, les permitiría a los cubanos replantearse sin la amenaza de debilitamiento ante un enemigo que lo sitia, cuáles han sido los conflictos que dañaron en su base misma al modelo socialista representado por la desaparecida URSS. Acaso les permita la consideración de problemas que la permanente hostilidad yanqui les ha impedido considerar, porque los ha obligado a cerrarse sobre sí para defender su seguridad.

Con logros que Cuba deberá cuidar celosamente y deficiencias que habrán de echarse a un lado, acaso esta isla tenga la oportunidad de realizar el ideal martiano: la unión de la plena independencia del país con la libertad de cada uno de sus ciudadanos. Sería un hecho de justicia histórica para un pueblo que, en la frontera misma de todos los imperios, tanto ha luchado por conseguir su felicidad.

LA HABANA, 1997-2002